

La vía soñada

Los diarios de Rabadá y Navarro



ESPA
PDF

La obra magna de la cordada formada por Alberto Rabadá y Ernesto Navarro, la vía Rabadá-Navarro a la cara oeste del Naranjo de Bulnes, posiblemente la más irónica del alpinismo español, cumplió 50 años. Aquí se reproducen los diarios que ambos escribieron una vez acabada la actividad, junto con imágenes que nos trasladan a aquellos años y a aquella dimensión.



Alberto Rabadá Sender &
Ernesto Navarro Castán

La vía soñada

Los diarios de Rabadá y Navarro

ePub r1.0

akilino 12.07.14

Título original: *La vía soñada. Los diarios de Rabadá y Navarro*

Alberto Rabadá Sender & Ernesto Navarro
Castán, 1962

Diseño de cubierta: Matt

Editor digital: akilino

Segundo editor: JeSsE

Corrección de erratas: Matt

ePub base r1.1

más libros en espaebook.com

Introducción

Por desgracia Alberto Rabadá (nacido en 1933) y Ernesto Navarro (nacido en 1934) no escalaron juntos mucho tiempo. Aunque sólo les separara un año de edad, entre ellos había diez de diferencia como escaladores. «Perteneían a generaciones de escalada diferentes» apunta Gregorio Villarig. Más joven que Ernesto y a la vez más veterano, fue el mentor de Navarrico, quien se aficionó durante la mili. Alberto llevaba despuntando casi desde sus principios. En 1950, al poco de

empezar a escalar, sorprendió a Félix Méndez —«había que pararle, quería subirse por todos los lados»— durante el Primer Curso de Escalada de Gredos.

Gracias sobre todo a Villarig, Navarro se afianzó en las técnicas de la época, basadas en la doble cuerda —el asegurador, o aseguradores ya que a veces cada segundo maneja un cabo, ayuda al primero tensando la cuerda— cuando había que recurrir al artificial, técnica facilitada encordándose con el nudo Edil, el más conocido de los apodos de Rabadá, su inventor. Con él mejoraron el encordamiento tradicional con el as de guía porque, como explica

Villarig —quien lo «homologó» con caída en el Puro— ganaron movilidad lateral y vertical, tanto para «apurar los estribos» y alejar la distancia entre pitones como para alcanzar una presa y salir en libre.

Artistas del pitonaje, su primera apertura conjunta data de 1959. La última actividad, de 1963 cuando fallecieron en la Norte del Eiger. En esos años se convirtieron en la cordada española más puntera con cuatro grandes vías sobresaliendo sobre el resto y una aún más. Son Gallinero, Mallo Firé, Tozal de Mayo y Naranjo de Bulnes... *La vía soñada.*

Alberto comenzó a soñar esta vía cuando vio una foto en un libro de Agustín Faus a mediados de los años 50. En 1959 estaba en los planes, «no como complemento sino como pieza fundamental», que el catalán Domingo Arenas urdía para formar una cordada —«Cerdá, El Bilbaíno, tú y yo»—, apta para la Oeste. El intento se frustra debido a un accidente laboral que sufre el promotor.

En 1961 se sobresaltaba leyendo un artículo de la revista *Peñalara* que, con una vía directa marcada sobre foto firmada por José María Galilea, relataba el ascenso de la cara para, sólo

al final, darse cuenta de que era un relato inventado, *El sueño de una noche de verano*. En julio de 1962, viaja a Picos por primera vez para escrutar por dónde abrirá la «cara del Picu» —como la llaman allí, dice en su diario— y asciende por la normal. En agosto acude con Navarrico —y 180 clavijas, 15 tacos, microclavijas expansivas, un ramplús, tres cuerdas de 60 m y una de 40 m—, en el coche del amigo francés Pachi Casterán, quien no duda en dar un «rodeo» para volver a casa desde la boda de sus amigos José Antonio Bescós y Rosario Roi.

Durante la transcripción de sus

diarios, que se reproducen aquí, se intercalan sus dos voces mientras se suceden los días de escalada; se ha corregido la ortografía y prescindido de lo tachado por sus propios autores, así como de una frase de Rabadá que, en mitad de la travesía, dirige aparentemente al principio de su relato. El relato de Navarro es íntegro, mientras que en el caso del diario de Rabadá arrancamos en el momento en que Ernesto ve la pared.

Recuperado un legado

Le llamaban, además de Edil (de Edilberto, galán de la época), Filmoberto. Alberto Rabadá tenía obsesión por filmar, fotografiar, y divulgar sus escaladas. Párate aquí, repite allá recuerda Gregorio Villarig que les obligaba, tanto a él como a Navarro. A la tercera, o si el paso no era de los que se dejan, le mandaban a tomar vientos. En Miguel Vidal, apodado el tercero de cordada, tenía al realizador y apoyo que necesitaba. El

tomavistas que llevan en la cara oeste del Picu se lo había prestado él. Esa película, junto con otras dos, fue recuperada por Jesús Bosque e incluida en el DVD del libro *La cordada imposible*.

La mayor parte de las imágenes que aquí se incluyen proceden del archivo de Félix Méndez, quien se hizo cargo de ellas cuando fallecieron. Fue él — presidente de la FEM— quien viajó hasta el Eiger para traer a España los cuerpos recuperados de la pared por tres alpinistas suizos. A pesar de conservar las diapositivas Kodak Ektachrome en condiciones razonables y

en un ambiente seco como es el de Madrid, hubo que restaurarlas.



Imagen que fue portada en el nº 214 de la revista *Desnivel*, Especial 100 años del Naranjo, publicada en agosto de 2004.

14 de agosto. Primer largo y primeras tomas

ALBERTO RABADÁ

(...) Mientras descansamos de las mochilas, «saboreo» la cara de satisfacción que pone Navarro a la vista de la pared que, de pronto y al remontar el collado desde el que se da vista al refugio, se presenta ante nosotros en

toda su acogedora/esplendida/impressionante grandiosidad...

Tiramos algunas diapositivas del momento y la emprendemos hacia el refugio al que arribaremos 15 minutos más tarde. Ya acomodados en él y como quiera que aún quedan varias horas de luz, decidimos aprovecharlas en dar los primeros tanteos a la pared. «Pachi» aprovecha para hacer las primeras tomas del reportaje/película de esta ascensión que él, con una cámara desde el suelo, y nosotros con otra por la pared, pensamos realizar con la mejor voluntad. Veremos qué sale...

Es la hora de cenar cuando nos apeamos de la pared tras dejar resueltos los primeros metros.

ERNESTO NAVARRO

A pesar de la gran anchura que tiene esta pared, pocos son los puntos de ataque que nos ofrece. Una gran entosta, que a unos 40 metros del suelo y por su parte derecha rompe su uniformidad nos hace decidirnos sin mucho dudar, por dónde hemos de empezar esta escalada.

En principio no estoy de acuerdo con mi compañero Rabadá en seguir por la fisura que se forma a la derecha de la entosta pues se ve completamente extraplomada mientras que la izquierda parece algo más tumbada. En lugar de discutirlo me dice que me aproxime y vea que el llegar hasta ella [es] casi imposible. Así lo hago y no se habla más.

Empieza mi compañero con unos cuantos pitones y, aprovechando los escasos resaltes que por aquí nos ofrece la pared, se sitúa a pie de la fisura donde me recupera, pues es ya tarde y queremos pasar la noche en el refugio.

15 de agosto. Bien merece la pena

ALBERTO RABADÁ

El clásico ritual de la preparación al pie de la pared tiene hoy para mí un sabor distinto al de otras ascensiones realizadas anteriormente. ¡Por fin! me veo ante la realidad de tantos sueños e ilusiones forjadas desde que por primera vez (de esto hace ya 8 o 9 años)

viera la efigie de esta apasionante pared en el libro de [fulanito de tal (Agustín Faus)] titulado «Cara a la montaña».

Hace de esto unos cuatro años, fue mi primer intento formal de establecer contacto con ella. Junto con Domingo Arenas de Barcelona y dos compañeros más a última hora tuvimos que desistir de ello por haber sufrido el primero una gran descarga eléctrica que lo dejó «muy contra su voluntad» inutilizado para el resto de la temporada.

Por problemas «laborales» no había podido en los años siguientes volver a la carga, siendo a primeros de éste cuando por fin decido junto con mi

compañero Navarro (que también tiene los suyos) prepararnos éstos de tal forma que podamos disponer de tiempo suficiente para un ataque en serio...

El primer largo de cuerda nos sitúa en unos nichos bajo el principio de una gran entosta, que se inicia a unos 30 metros del suelo terminando unos 100 más arriba.

El segundo corre a cargo de mi compañero. Enseguida compruebo, a juzgar por sus jadeos, que no desmerece nada de la opinión que habíamos formado desde el suelo... pues pronto necesita emplearse a fondo consiguiendo irle ganando metros a la pared a costa

de empezar a deshacerse los nudillos de intentar clavar los tacos de madera, escarpas y demás ferretería, en esta semiciega fisura que durante 40 m en continuo extraplomo lo conducirán al fin sobre una inestable plataforma donde hacer reunión.





Ernesto Navarro asegura a Alberto Rabadá al principio de la ruta, en el diedro que conduce a la segunda reunión actual.

Nueva tirada, esta menos «agresiva» y alcanzo un pequeño resalte donde recuperar la mochila (que pesa como el plomo), y a mi compañero que a su vez

recuperará el material. Nos preparamos a pasar nuestro primer vivac.

ERNESTO NAVARRO

Hoy madrugamos. Con estos primeros 40 metros pitonados de ayer, pronto nos vemos bien metidos en el lío, pues a poco de empezar con la fisura me doy cuenta de que si bien su aspecto era muy prometedor la realidad es otra, pero otra peor. En éste mi primer largo de cuerda no sé el tiempo que paso, pues,

aunque no está muy mal de grietas para clavar, su continuo extraplomo a la vez que su inclinación a la derecha no deja «apurar los estribos» a gusto. Llego al final de las cuerdas y preparo reunión en un pequeño agujero asegurado con los pocos pitones que me quedan. La verdad es que no hemos venido pensando que fuese fácil pero ahora que vivimos sus dificultades es cuando parecen mayores. Pero, en fin, es la Cara Oeste del Naranjo y bien vale la pena.

La tirada siguiente la lleva a cabo mi compañero. Tras unos metros verticales se inclina ya algo la fisura facilitando la progresión y, una vez me ha recuperado,

desde una mediana cornisa nos
preparamos a pasar la noche.

16 de agosto.

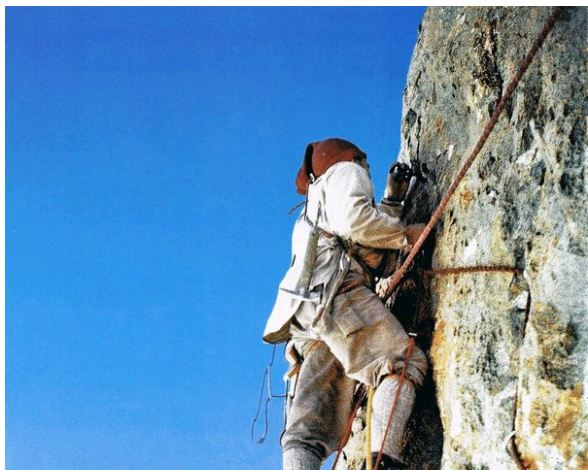
Artesanía riglense

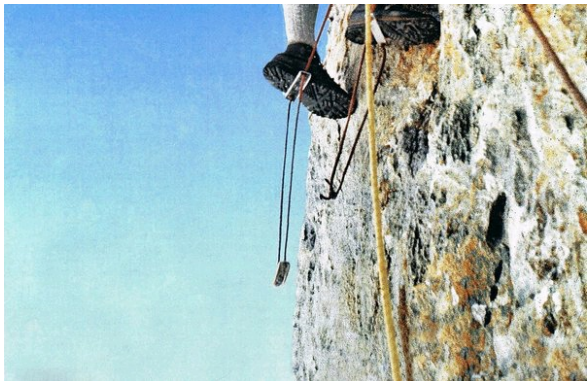
ALBERTO RABADÁ

Mientras nos acomodamos en este «aéreo lecho» sobre la incómoda llambría que para este segundo vivac nos ha tocado en suerte comentamos/repasamos la labor del día.

Al igual que ayer, también hoy ha habido que «bregar». La culminación de

la entosta tras dos largos no muy difíciles... El arranque de ella por un tramo de pared lisa donde entre algún que otro buen clavo hay que buscar de nuestra «artesanía riglense» a base de ferretería corta... pitochas... pitonisas con taquetes de madera...





Saliendo de la lastra hacia la cicatriz. Para esta escalada llevaban bota tipo cleta en lugar de las espardiñas que habían usado el año anterior en Riglos para abrir la «Félix Méndez» del Firé.

El corto desprendimiento al intentar forzar en diagonal una placa de unos 6 u 8 metros (más bien escasa en

posibilidades) que nos separaba del principio de esta gran cicatriz en cuyo centro ahora nos encontramos, ¡eso sí!, dispuestos a pesar de lo incómodo de la postura a apurar las pocas horas de descanso que nos brinda esta neblinosa noche.

ERNESTO NAVARRO

A la mañana siguiente, aún tiritando, arranco yo de este estrecho agujero que, por su incomodidad, no duele mucho

dejar, y tras este largo de cuerda a libre mi compañero se planta en la cima de la entosta, y es aquí donde al arrancar de nuevo siente una gran sensación de desamparo, al verme colgado de los primeros clavos cortos y no muy seguros que me sacan encima de un enorme extraplomo liso. Pronto consigo meter un buen pitón y ya paso a disfrutar de una doble cuerda muy aérea que me conduce a una cornisa de escaso saliente, unos metros a la izquierda de la grieta diagonal, que desde abajo hemos visto era el único sitio practicable, y de la que nos separa un trozo de pared de lo más dificultoso por lo imposible de

pitonar y su verticalidad. Tras un desprendimiento sin consecuencias mi compañero vuelve a intentarlo y con algunas pitonisas, todas inseguras, alcanzará el principio de la fisura donde, con algún clavo ya mejor y tacos de madera, llega hasta una cornisa muy inclinada que se forma a la mitad de la fisura. Al llegar ya anochece y nos dedicamos a colocar seguros y pasamanos con cuerdas y estribos ya que allí se escurre uno con mucha facilidad. Sacamos nuestros plumíferos, cenamos con buen apetito y a descansar.

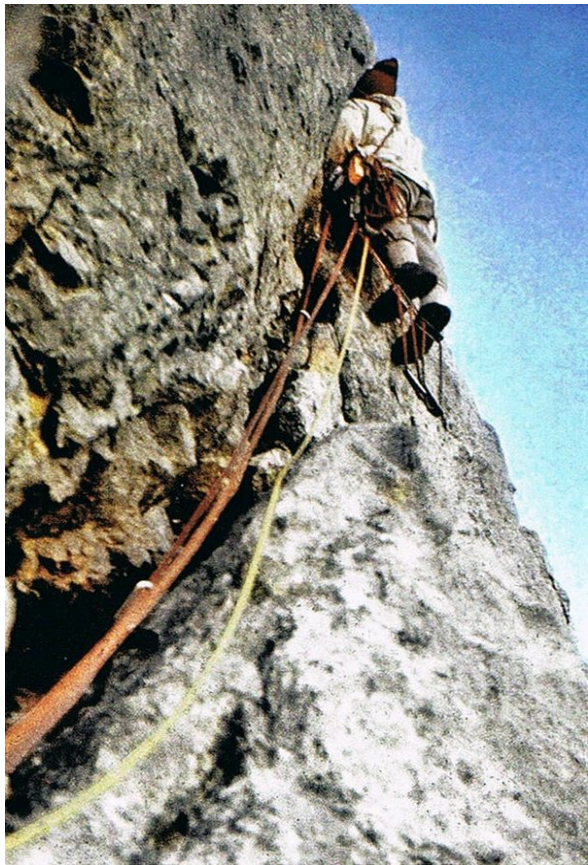
17 de agosto. Salir de la ratonera

ERNESTO NAVARRO

De nuevo tengo que salir yo el primero de las ropas de vivac ¡y con el frío húmedo que aquí hace!, pero como no dará el sol hasta el mediodía de nada sirve perder un ratito más. En fin, quizá mañana tenga yo un poco de suerte y pueda quedarme con el plumífero un rato

más.

Sigo por la fisura diagonal hasta su fin y, después de unos metros en vertical por unas pequeñas canales iguales a las que tanto abundan en la vía normal, llego a un pequeño nicho donde, con un par de clavijas extraplanas y una expansiva, aseguro la reunión.



Escalando la Cicatriz.

Llega Rabadá poco después y casi sin un respiro se dispone a iniciar la travesía diagonal que suponemos será la clave de la escalada, pues, según nuestros planes, ha de colocarnos en la parte central de la pared en la que desde abajo hemos visto resaltes y chimeneas que resaltan de su lisa configuración.

Empieza con pitonisas normales, algún clavo no muy seguro, y pronto tiene que sacar el buril que ya suponíamos nos sería necesario. Aunque su propósito es pasar cuanto pueda a la

izquierda, todos sus intentos se ven frenados por la dificultad que ofrece la estructura de la roca, y tiene que conformarse con describir por ella un ligero arco y preparar otra reunión unos 25 metros más arriba siguiendo la vertical de la anterior.

Desde aquí intento yo, subiendo unos metros primero, iniciar de nuevo la travesía que es nuestra obsesión, pero todo en vano. Intento tres metros más abajo y lo mismo, la pared tira para atrás por su imposibilidad de pitonar, además, por allí no se ve la llegada a ninguna parte que dé la mínima esperanza, pues todo es liso como una

piedra de río. Aunque a disgusto, vuelvo de nuevo al sitio en que está mi compañero recuperando otra vez el material, pues estoy convencido de que por allí no hay nada que hacer.

Entre tanto Rabadá se ha dado cuenta de que desde allí se puede salir con relativa facilidad a través de una brecha que corta en dos el techo inclinado que tenemos pocos metros a nuestra derecha, y que hace de línea divisoria entre esta parte lisa en que nos encontramos y la otra más accidentada que es el límite de la pared Oeste.

Reflexionamos sobre qué hacer y llegamos a la conclusión de que estamos

muy agotados. No nos queda apenas agua ni comida, y hasta el repuesto de moral lo vemos bastante mermado. Y, como ya hemos hablado de salir a repostar y queda poco rato de luz, decidimos hacerlo rápidamente. Con ayuda de alguna clavija, en tres largos de cuerda nos plantamos en el gran circo que se forma entre el Naranjo y el Gran Espolón que da a la canal llamada Los Tiros de la Torca y ya nos considerábamos en terreno libre, pues, dadas sus grandes dimensiones, pensábamos que por muchas partes podríamos salir por él.

Creemos que lo mejor es salir por la

parte alta al collado para descender por la canal de la Celada, que es la vía normal de descenso del pico una vez efectuados los rápeles. A pesar de que la noche ya se ha cerrado, pronto vemos que por allí no es fácil, pues por esta parte un extraplomo prolongado nos cierra el paso. Decidimos pasar al espolón para recorrerlo hacia arriba pero su verticalidad no lo hace practicable en una noche tan oscura y tenemos que conformarnos con volver de nuevo al circo pero con mucho peor humor y con la sensación de que estábamos en una ratonera, aparte del consiguiente cansancio, pues, el

convencernos de que hemos de dormir allí, nos ha costado nuestras 3 o 4 horas de descanso.

Así las cosas, cenamos un poco y al enfundarnos en los plumíferos queremos cambiar alguna impresión sobre qué haremos mañana, pero en vista de que ninguno es capaz de dar la moral que el otro necesita decidimos simplemente descansar.

ALBERTO RABADÁ

Siguiendo la cicatriz en toda su longitud (un largo de cuerda de los más bonitos de toda la pared) alcanza a situarse Navarro junto a dos pequeñas oquedades que ya adivinábamos desde el suelo. Punto de partida según nuestros planes para alcanzar el centro de la pared propiamente dicho, situado a unos (calculamos) 40 o 50 metros a la izquierda.

A pesar de que al principio la pared ofrece algo de defensa pronto se vuelve hostil teniendo que echar mano al fin del nada «simpático Ramplús» para poder progresar por ella.

Todos mis esfuerzos de tirar en

diagonal se ven estrellados contra la configuración de la pared, que cada vez me va desviando más de la ruta preconcebida, encontrándome al fin ya de las cuerdas situado 30 m por encima de mi compañero en lugar de a la izquierda como era nuestro propósito.

Son ahora los esfuerzos de mi compañero los que se ven rechazados por la misma causa. Tratando de buscar un punto vulnerable ha remontado unos 15 m alcanzando una pequeña entosta desde donde se descuelga en «péndulo» unos metros... Después de interminables maniobras/probatinas decide que por allí tampoco es factible.

Como ya la noche se nos acerca, recupera el material colocado... regresa junto a mí y ¡a deliberar se ha dicho!

Sopesamos las posibilidades en pro y en contra. Por una parte, todavía 250 o más metros de pared por resolver, pared que por lo que juzgamos igual puede costar 3 o 4 días más, y comida y agua sólo queda para dos días escasos. Este punto, junto con la duda de: ¿y si hubiera que abandonar desde el otro lado de esta travesía quizá ya en malas condiciones físicas debido al esfuerzo de 1 o 2 días más de, no nos cabe la menor duda, dura batalla?

Por otra parte, el convenir en que el

hacer montaña nunca supuso llevar las cosas a límites que pudieran ser nefastos, nos hace ponernos rápidamente de acuerdo sobre cuál va a ser la conducta a seguir. ¡Haremos un entreacto! como en las películas de largo metraje.

Ya tomada la decisión, la inmediata es buscar la salida. Ésta la efectuamos con un largo de cuerda de 40 metros por una cornisa que tenemos a nuestra altura, cornisa que llamaremos «del Entreacto» y que desemboca en un gran circo suspendido al que en recuerdo a las montañas santanderinas llamaremos «El Sardinero». En él pasaremos la noche

bastante confortablement.

18 y 19 de agosto. Entreacto, como en los largometrajes

ALBERTO RABADÁ

De estos dos días el recuerdo ya es más fugaz. Salir del circo del Sardinero por una cresta que lo limita con la canal de los Tiros de la Torca con ayuda de algún clavo. Descenso por la Canal de la Celada hasta alcanzar el refugio

desde donde podremos contemplar a nuestro placer el camino recorrido, y el por recorrer, por esta pared que vista ahora desde aquí parece imponer más respeto. Con el fin de mercar más provisiones, nos dirigimos al parador de Áliva. Aquí nos encaminan a la mina donde podremos adquirirlo a precios más «montañeros» siendo a la vez acogidos con un gran trato por los muchachos de ésta, al cual nosotros procuramos corresponder, naciendo pronto una sana corriente de simpatía. Aquí pernoctamos.

Nuevo contacto con bilbaínos en Cabaña Verónica y apacible paseo hasta

hallarnos de nuevo en el refugio Delgado Úbeda donde me las valgo (modestia a un lado) para que Navarrico me felicite por el soberbio condumio que preparo, el cual tengo que repetir a petición suya pues le ha sabido a poco.

Mientras ascendemos por la canal de los Tiros de la Torca, ante la visión que aquí se nos ofrece de la pared, llegamos a la conclusión de que... ¡qué miedo!... Y si nos fuéramos a la «playuca» de San Vicente de la Barquera... pero ¡no! que diría Villarig, apunta Navarrico. ¡Por eso!



En el mirador de Fuente De, cuando hicieron el descanso el 18 y 19 de agosto para reponer comida y moral.

ERNESTO NAVARRO

Nos despertamos con el nuevo día y al mirarnos nos damos cuenta de que estamos completamente cambiados y de acuerdo en todo. Dejaremos aquí todo el material que no necesitamos para bajar, junto con el de vivac y el fotográfico, disfrutaremos de un descanso a la vez

que observamos de nuevo la pared y concretaremos su punto débil que buscamos.

20 de agosto. La travesía

ERNESTO NAVARRO

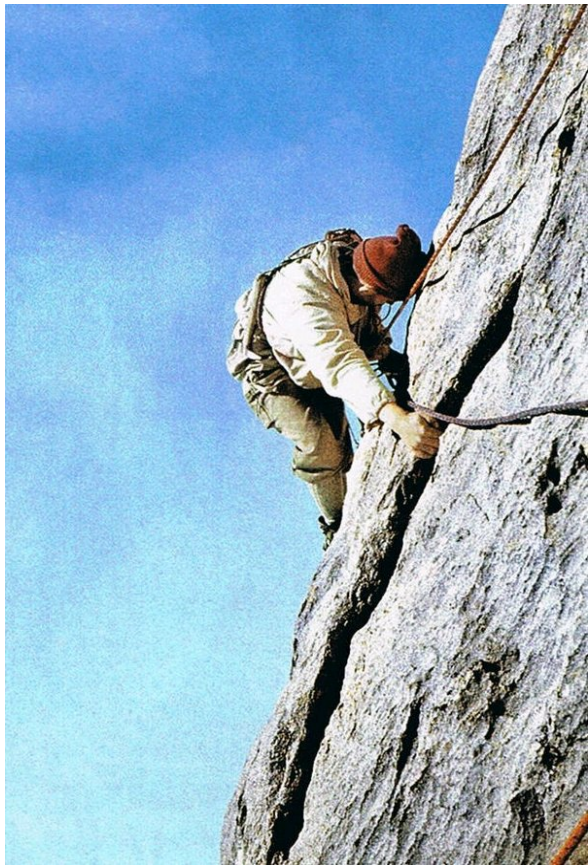
Ya estamos de nuevo en la Cornisa del Entreacto, como decide llamarla mi compañero, pero ahora en condiciones diferentes. Hemos comido como personas normales dos días y agua hemos bebido, creo, como dos camellos normales y, claro, la moral ha venido

por añadidura. Todo lo vemos más bonito y hasta la soñada travesía horizontal la esperamos con cierto optimismo. Optimismo que a la mañana siguiente se me esfuma nada más empezarla, pues me desespera el ver de nuevo esa pared lavada por la que no hay más defensa que el buril. Rabadá intenta darme ánimos para que lo utilice y al ver que sigo sin avanzar, con mucho tacto —pues no quiere herir mi susceptibilidad—, me sugiere que le ceda el puesto.

Con la primera indirecta me convence total y absolutamente, y cuando quiere apuntar la segunda ya

estoy asegurado en los clavos de reunión y dispuesto a tensarle y aflojarle de la roja o la amarilla, según guste.

Con un alarde de tesón acomete contra esta enorme laja lisa y, un burilazo tras otro, [junto] con alguna pitonisa normal, va acercándose hasta el pedrusco que desde abajo hemos calculado como objetivo de este flanqueo que llamamos la Guitarra. Creemos que desde allí se podrá descender en diagonal y alcanzar el principio de la cornisa que, creemos, será el final de las grandes dificultades.

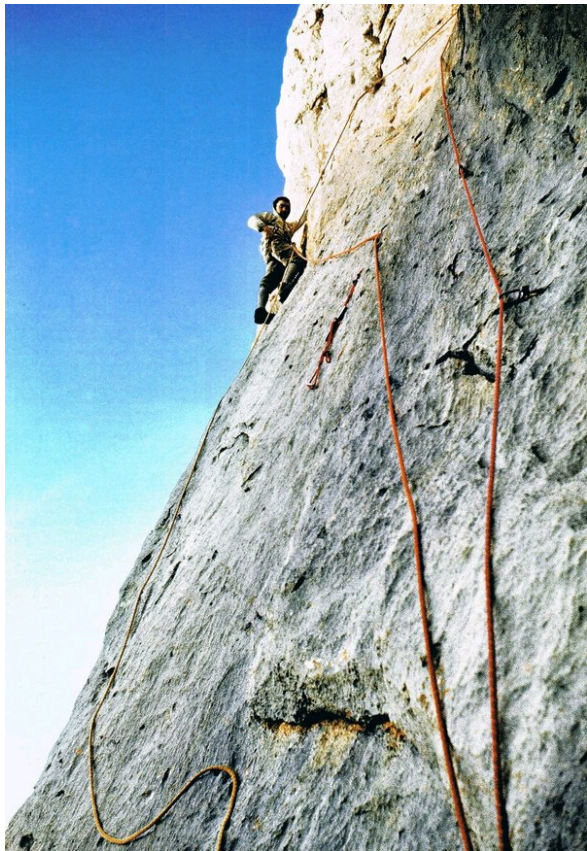


Comenzando la travesía, que les va a situar en el centro de la pared después de horas de pitonaje.

Al llegar a la Guitarra, debido al cansancio (lleva sus 9 horas en esta tirada) decaen algo sus ánimos y me dice que por allí tampoco se llega a ninguna solución y hasta me dice algo de volverse. Yo, que aunque algo nervioso he pasado el día descansado sentado en la reunión, le hago ver que ha resuelto la tirada y que con sólo descender ha de llegar muy cerca de la ansiada cornisa según hemos visto desde abajo. Pone

dos pitonisas de las de confianza y empalmando los estribos desciende hasta la parte baja de la Guitarra donde al quedarse sin cuerda clava un buen pitón y me recupera unos metros para poder llegar hasta el principio de la cornisa. Luego sigo avanzando yo, a la vez que voy dejando una cuerda fija por si hubiera necesidad de retroceder. Poco después estamos los dos en la cornisa y tras otro largo de cuerda vivaqueamos con la seguridad (aunque no sé si bien fundada pues nos queda casi la mitad de la pared) de que al día siguiente pisaremos la cima. Creo que sentimos esa noche ya la satisfacción de la

victoria.



Ya en la travesía que fue el punto clave de la escalada, y que acometieron una vez regresaron de este entreacto.

Aunque yo, en el fondo de mí, me reprocharé un poco el no haber tenido suficiente voluntad para acometer con esa dura travesía que me había tocado en suerte, y que rehuí casi sin intentar, creo que fue así como mejor colaboré, pues tengo la seguridad de que no lo habría resuelto como lo hizo mi compañero.

ALBERTO RABADÁ

Con la noción del tiempo ya perdida (no sé cuántas horas está durando ya este largo de cuerda) prosigo mi artesana labor.

Ni la [...] voz de mi compañero que de vez en cuando me pregunta qué tal va la cosa consigue sacarme de este aburrido sopor que me domina. Sus clásicas chanzas y humoradas logran distraerme algo mientras trato de hacerme con este duro hueso que hoy me ha tocado en suerte roer...

Día 20 Agosto

..... con la noción del tiempo y
las horas, está durando ya este largo de cu
Tava favor.

Ni una vez de mi compañero que
me pregunta, que tal va la cosa, con
te aburrido por que me domina,
y "innoradas", ^{por} ~~que~~ ^{se} ~~que~~ distrae me algo
hacerme con este duro "huent" que hoy me
roer....

Anotaciones de Rabadá.

A una pitonisa de expansión se
sucede otra. A ésta una corriente,
colocada en un leve intersticio de la
roca previamente retacado con un

pequeño taquillo de madera... ¡No parece haber quedado muy segura!... ¿Aguantará mientras para poner nueva expansiva? ¡Atento, Navarrico, por si acaso! Esta advertencia y otras más bien sobran ya que mi compañero ni siquiera pestañea para estar más atento al menor de mis movimientos (como más tarde me diría) ¡aferrado a las cuerdas con los nervios en completa tensión!

Mientras descanso los brazos suspendido de una nueva pitonisa que me ha permitido ganarle unos metros más a esta compacta y lisa/vertiginosa placa/llambría, máxima defensa que a unos 200 m del «Santo Suelo» opone

ésta, ya de por sí, impresionante pared, pasan por mi pensamiento retazos de lo ocurrido hasta estos instantes.

[***]

Ensimismado en mis pensamiento y como por inercia, he ido avanzando poco a poco hasta alcanzar una pequeña entosta donde ¡al fin! coloco un par de buenos clavos. En directo, con cuatro clavos más dos expansivos alcanzo otra entosta donde ¡estupor/sorpresa! cuando ya creía tener la travesía dominada resulta que el punto a alcanzar queda todavía unos 15 m más a la izquierda y unos 25 por debajo de donde me hallo.

Al ver mi desencanto, Navarrico me sugiere que me descuelgue unos metros en Dulfer para ver qué se ve. Así lo hago y conforme me va soltando cuerda vuelven a mí los deseos de vencer que por un momento me habían flaqueado ante esta (suponía) nueva tentativa frustrada.

Lo que un poco quiméricamente pensáramos en Zaragoza, ha sido la solución para resolver este problema. Gracias a este péndulo he conseguido acercarme hasta unos ocho metros del punto deseado/centro de la pared. Las cuerdas no dan más de sí.

Es necesario parar en plena pared,

colocar dos buenos clavos y, suspendido sobre estribos, de ellos parar la mochila (nuestra inseparable compañera) y a continuación Navarro hará una serie de arriesgadas y hábiles maniobras de cuerda que me permitan disponer de cuerda para alcanzar la ansiada cornisa.

Se está ya ocultando el sol cuando al fin nos vemos reunidos en ella, no sin antes haber dejado colocado y fijo a buenos clavos un pasamanos de unos 40 m para que, en caso de emergencia, en un momento dado, nos asegure el retroceso de esta travesía que tan en jaque nos ha tenido.

Aún aprovechamos las últimas

claridades para remontar otra cornisa más amplia donde prepararemos nuevo vivac.

21 de agosto. La vía soñada, terminada

ERNESTO NAVARRO

Al día siguiente ya todo lo encontramos sin dificultades ¡hasta una estupenda chimenea! Subimos hasta la cima de la gran entosta que nos aproxima a la arista izquierda, descendemos un poco por el otro lado y soy yo el que se dispone en seguida a

atacar este largo de cuerda que parece tiene alguna dificultad (quizá sea un poco ganas de quitarme la espina, el orgullo humano no tiene límites). Sólo lo parece, pues es cierto que éstas terminaron ayer. En las siguientes [horas] estamos ya en la arista y desde aquí a la cima todo se va desarrollando con rapidez, pues ya podemos subir la mochila a la espalda en lugar de izarla con la triple como era necesario hacerlo antes. Hacia la puesta de sol llegamos a la cima, a tiempo de contemplar ese maravilloso mar de nubes que empieza a nuestros pies y se pierde allá a lo lejos confundiéndose con el Cantábrico y del

que emergen, como pequeños islotes coloreados por los últimos rayos de sol, solamente las cimas más altas y puntiagudas de este estupendo macizo que es Picos de Europa.





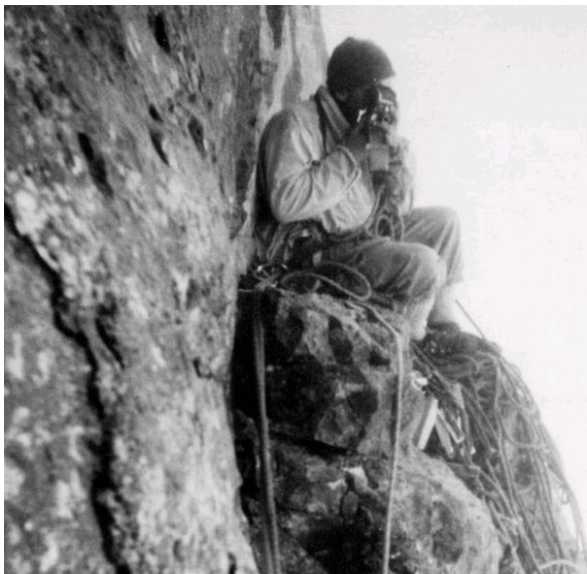
En las crestas de salida, 21 de agosto de 1962:
la vía soñada está terminada.

Tras las últimas fotos y vueltas de manivela, pues, aunque nada he dicho aún de esto, hemos venido provistos

también de tomavistas y hemos filmado los pasos que creíamos interesantes y nos permitían las circunstancias, estampamos nuestras firmas y hacemos nuestra pequeña reseña en el libro que encontramos junto a la imagen de la Virgen, y ya con las primeras sombras de la noche iniciamos el descenso por la vía normal con la satisfacción de haber visto realizada una de nuestras ilusiones deportivas.

ALBERTO RABADÁ

¡Hoy estamos contentos! Contra lo que esperábamos es ya nuestro cuarto largo de cuerda y la pared cada vez va oponiendo menos resistencia. Otro largo más y Navarro alcanza una gran plataforma situada ya a unos 350 m del suelo, la cual decide llamar Plaza de Rocasolano en recuerdo a una que así se llama en nuestra querida Zaragoza.





Filmando con un tomavistas de 8 mm en el
Naranjo de Bulnes, desde la Plaza de
Rocasolano.

Aún quiere la pared oponer alguna
resistencia que pronto se ve arrollada
por el empuje de Navarrico, que a golpe
de «pitoche» y «escarpa» domina un
aéreo y bonito paso que le hace
gritar/cantar de júbilo.

Otro largo, esta vez a mi cargo, y de pronto me encuentro a caballo en la arista plana entre la cara Oeste y la Norte, suspendido al parecer sobre la entrada de la Canal de la Celada que se ve allá abajo... Muy abajo.

Los largos de cuerda se suceden ya con rapidez. Lo tumbado de la pared y la abundancia de buenas presas permiten subir al segundo con la mochila puesta. Aún hay que colocar algún clavo, usar pies y manos en constante progresión. ¡De pronto! ya sobran las manos, ¡los clavos!... Pisamos terreno llano... Es la antecima... Unos metros más... Entre piedras castigadas por el rayo de años y

años alcanzamos el «montoncete» de piedras donde encontraremos el buzón-registro donde dejaremos una pequeña huella de nuestro paso. Pequeña, comparada con la que la «excursión» por tan noble y hermosa pared nos ha dejado a nosotros.

Te acuerdas lo prometido... Mas líbranos del mal. Amén. Fin.



ALBERTO RABADÁ SENDER
(Zaragoza, 13 de febrero de 1933 -
Eiger, 15 de agosto de 1963) fue un
montañero español. Se desempeñó como
alpinista durante los 50 y 60.

Comenzó destacando en el montañismo
gracias a la primera repetición de la

normal a la Peña Sola de Agüero y con la apertura de la vía normal del Puro, en los Mallos de Riglos, ambas escaladas realizadas junto con Manuel Bescós San Martín y Ángel López «Cintero» en 1953.

Posteriormente, y tras abrir numerosas vías menores, participaría como aperturista en vías de gran dificultad como la «Serón-Millán» al mallo Pisón (1957), la norte del Pico del Águila en Candanchú, la Francisco Ramón Abella «Galletas» al mallo Firé (1959) y realizó también importantes primeras repeticiones como la vía «Ravier» al Tozal del Mallo, en Ordesa o la primera

española a la norte de la Torre de Marboré, en el circo de Gavarnie.

En 1959 abre la «vía de los Diedros» en la Peña Don Justo de Riglos, la primera que realiza con Ernesto Navarro como compañero de cordada, abriendo con él varias vías en el Pirineo y Picos de Europa entre las que destacan la apertura de la norte del Puro en 1960, el espolón del Pico Gallinero (Ordesa, Huesca) y el espolón del Firé en los Mallos de Riglos (Las Peñas de Riglos, Huesca), ambas en 1961, la cara oeste del Naranjo de Bulnes (Bulnes, Asturias) en 1962 y la «Brujas» al Tozal del Mallo en 1963.

También son importantes rutas abiertas por la cordada, la Endrija del Mango del Cuchillo, la Miguel Vidal al Tornillo y la normal del Paredón de los Buitres, en Riglos, la Edil de la Peña del Moro en Mezalocha o la Edil del Aspe.

Su último recorrido fue la cara norte del Eiger junto con Ernesto Navarro en la que murieron por agotamiento y frío el 15 de agosto de 1963, en la zona conocida como «La Araña Blanca».



ERNESTO NAVARRO CASTÁN
(Fuencalderas 1934 - Eiger 15 de agosto
de 1963). Montañero español.

Montañero aragonés durante los 50 y 60,
que formó una mítica cordada con
Alberto Rabadá, abriendo multitud de
vías en el Pirineo y Picos de Europa.

Comenzó a escalar en 1957, por lo que su carrera como escalador, a pesar de ser relativamente breve, es muy prolífica. Fue pionero en el montañismo aragonés.

Tras participar en 1958 en la apertura de la vía «Luis Villar» junto con Luis Lázarro y Roberto Ligorred en los Mallos de Riglos comienza a escalar con Rabadá, con quien lograría la apertura de vías como la «vía de los Diedros» a la Peña Don Justo, la norte del Puro, la «Endrija» del Mango del Cuchillo o el espolón del Firé en los Mallos de Riglos (Las Peñas de Riglos Huesca), la cara oeste del Naranjo de

Bulnes (Bulnes, Asturias), la «Edil» del Pico del Aspe, la «Edil» de la Peña del Moro en Mezalocha, la «Brujas» del Tozal del Mallo y el espolón del Pico Gallinero (Ordesa, Huesca). Además de estas aperturas, consiguió otras aperturas sin Rabadá, como la «Ursi» al Macizo del Pisón o la «Rosaleda» en los Mallos de Riglos.

Su última gran aventura fue la cara norte del Eiger, junto con Alberto Rabadá, en la que murieron por agotamiento y frío el 15 de agosto de 1963 en la zona conocida como «La Araña Blanca».

Ernesto Navarro ha sido muy

reconocido en el montañismo español, disponiendo como homenaje de distintas vías a su nombre, como la Ernesto Navarro al mallo Firé o de algunos picos como el Pico Navarro (3043 m) (junto con el Pico Rabadá de 3045 m) en la cresta entre la Tuca de Remuñé y el Maupás (Macizo del Perdiguero).

Así mismo, la cordada Rabadá-Navarro tiene un monolito en su recuerdo a la entrada del pueblo de Riglos, un albergue con su nombre en Javalambre, una glorieta en el municipio de Ayerbe y ya está aprobada la iniciativa popular para designar con su nombre a una calle de Zaragoza.

La cordada Rabadá-Navarro protagonizó tres películas de montaña dirigidas por Miguel Vidal, *Escalada* grabada durante su ascensión al espolón del mallo Firé, *La vía soñada* grabada durante la apertura de la cara Oeste del Naranjo de Bulnes y *Siempre unidos*, en la vía Vidal del Tornillito del macizo d'os Fils en Riglos, siendo una de las últimas aperturas de la cordada. También el programa *Al filo de lo imposible* les dedicó un documental dividido en dos capítulos.

Igualmente, se han escrito dos libros recordando a la cordada: *Rabadá Navarro. Su vida, su técnica y sus vías*

actualizadas y Rabadá y Navarro, la cordada imposible así como uno dedicado en exclusiva a la vida de Ernesto Navarro con el título *Más allá de las rallas*.